

PERE CERVANTES

LA MIRADA DE CHAPMAN

B

LA MIRADA DE CHAPMAN

Pere Cervantes

1.ª edición: mayo 2016

© 2016, Pere Cervantes

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-431-2

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

PRIMERA PARTE

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25

SEGUNDA PARTE

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

TERCERA PARTE

55

56

57

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

Agradecimientos

*A la madre de Pau y al hijo de Elena, mis dos soles.
A mi padres por ESTAR y enseñarme a adorar a los Beatles.
A mis hermanas porque nunca les salta el buzón
de voz del móvil cuando las necesito.*

Los escritores viven de la infelicidad del mundo. En un mundo feliz, no sería escritor.

JOSÉ DE SOUSA SARAMAGO

*La Naveta des Tudons,
a cinco kilómetros de Ciutadella, Menorca*

Medianoche

El hombre recorrió, contra su voluntad, la distancia que mediaba entre el vehículo policial camuflado y el edificio más antiguo de Europa. Lo hizo de un modo atávico, a empujones y con las manos esposadas a la espalda. La sangre coagulada le había taponado las fosas nasales y de un oído le asomaba un hilo de color carmesí cada vez más oscuro. La tierra, cubierta por una espesa capa de hierba, se hundía a cada pisada. Las últimas lluvias habían reblandecido el terreno, así que para poder avanzar optó por inclinar el tronco hacia delante y aprovechar la propia inercia del cuerpo. A pesar de su estado físico logró recorrer unos metros más.

El inspector jefe Roberto Rial detuvo su torpe marcha y lo liberó de las esposas, acallando así el maldito sentimiento de culpa que siempre termina aflorando cuando uno da rienda suelta a aquel que suele ocultar. El hombre apenas tuvo tiempo de frotarse la zona dolorida donde el metal se había hundido en la carne a la altura de las muñecas. Roberto lo sacudió con saña hasta que el cuerpo maltrecho del prisionero impactó contra el lateral de la construcción prehistórica, hecha a base de piedras encajadas sin mortero. Con los ojos entornados, el hombre se llevó por delante los restos de cinta policial que todavía cercaban el monumento tras los espeluznantes hechos acontecidos días atrás.

La oficial de policía Alma Feijó no encontraba el modo de digerir aquella escena, tan alejada de lo que se impartía en la academia, dictaban las leyes vigentes y estipulaba su particular moral. Superada por el desarrollo de los acontecimientos, iluminó la escena con la linterna de dotación. El haz de luz cegó al hombre herido y reveló el trémulo pulso de la oficial, quien al tiempo que con una mano sujetaba la

antorcha artificial, con la otra desenfundó la HK que llevaba sujeta en los riñones.

Solo veinte días atrás Alma había celebrado en la intimidad su trigésimo cumpleaños con el inspector jefe, que le superaba en edad en algo más de una década, pero en ese paraje de oscuridad, sangre y tierra vieja, Roberto se había transformado en un completo desconocido. El hecho de haber desenfundado el arma reglamentaria obedecía más a la posibilidad de tener que evitar que su compañero cometiera una locura que al peligro real que pudiera suponer aquel desalmado malherido. En cuanto alcanzaron la Nave-ta des Tudons, constataron que ella no estaba ahí. Resultaba irónico que una construcción de más de tres mil años con propósitos funerarios se hubiera convertido en el logo de esa maldita Semana Negra que había conllevado más sangre y dolor de los que brindaban sus propios libros. El tormento interno que experimentaba Roberto, lejos de apremiarlo, le impulsaba a hablar con una inquietante calma, más propia de quien ya no tiene nada que perder. La mirada iracunda del inspector se clavó en la silueta descalabrada de aquel engendro humano.

—¿Es aquí donde querías matarla? ¿Desangrarla como a un cerdo? —gritó el inspector poco después de hundirle los nudillos por debajo del esternón—. No te lo voy a preguntar más, hijo de perra. ¿Dónde está María Médem?

El hombre cayó sobre sus rodillas, escupió la bilis que había acudido a su boca y encaró con parsimonia el rostro de aquel imprevisto verdugo. Parpadeó, pero la luz de la linterna le impidió distinguir qué ocurría a su alrededor. La enfermedad de sus ojos se acentuaba en la oscuridad: reducía la visión y hacía que lo captara todo como si se encontrara dentro de un túnel. El prisionero giraba la cabeza de un lado a otro, intentando en vano ensanchar el campo visual. Aun así esbozó una sonrisa burlona, casi triunfal, reivindicando el poder que otorga el tener la información anhelada.

Si algo había hecho Roberto durante los últimos veinticinco años, era interrogar. Atrapar a la presa con la mirada tras disparar las palabras certeras. Los hay que extraen muelas; él extraía verdades. Gran parte de los interrogatorios en los que había participado, los menos efectivos, acontecieron en el interior de las dependencias policiales. Los otros, aquellos en los que la mierda salía a flote, jamás se llegaron a quedar plasmados en un atestado policial. Roberto siempre había comparado los interrogatorios con una caja fuerte. Sabía bien que sin la llave adecuada, sin la clave precisa, no había modo alguno de acceder al interior. Aquella noche colmada de angustia el inspector concluyó que algunas cajas permanecen herméticas protegidas por el manto de la estéril legalidad. En el interior de esa caja había una dirección, el lugar donde estaba María.

—En mi teléfono tengo un vídeo muy reciente de María... —El hombre hizo una pausa, el dolor iba a más—. Pero no te hagas demasiadas ilusiones, inspector. Recuerda que, si me matas, no la vas a encontrar.

Roberto atajó un suspiro y apretó los labios. Estaba condenado a saber cuándo le mentían y aquel tipo acababa de hacerlo. De un bolsillo de la cazadora extrajo un par de guantes de látex.

—¿Cuántos me van a caer? ¿Diez años? —calibró el hombre, arrogante—. Soy encantador, sé cómo camelarme a las incautas asistentes sociales del talego. ¿Y sabes qué es lo más gracioso, inspector? Que dentro de diez años nadie se acordará del nombre de mis víctimas... —el dolor frenaba sus palabras—... y, en cambio, todos recordarán el mío. ¿O acaso tú recuerdas el nombre de las putas que mató Jack el Destripador?

Roberto sacudió la cabeza con resignación. Terminó de ponerse los guantes, se agachó y desenfundó una navaja militar sujeta a una funda cercana al tobillo.

—Roberto, no lo hagas —gritó Alma a su superior. Ella sí respiraba entrecortadamente, sí tenía el corazón desbo-

cado y una duda apremiante. Acomodó la linterna en el sobaco y deslizó la corredera del arma. A pesar del estricto silencio, el inspector hizo caso omiso de aquel sonido aterrador, metálico e intimidatorio. Nada iba a detenerlo.

—No te arruines la vida, Roberto. —Alma suplicó con palabras lo que su arma no había logrado.

—Los manuales de criminología afirman que un psicópata es un ser de naturaleza insensible —anunció Roberto, impasible, acortando la distancia con su enemigo—. Dicen que no tienen miedo. Vamos a comprobar si los libros se equivocan.

PRIMERA PARTE

1

Tres días antes
Lunes, 16 de febrero

María Médem llegó a Cala Murtar poco antes de las ocho y media de la mañana. La belleza de aquel escondrijo próximo a Maó y compuesto por tradicionales casas de pescadores le ofrecía una versión inédita, distinta de la que ella había contemplado en todas las visitas anteriores. Un cielo vencido por nubes sulfurosas parecía querer plantar cara al viento del norte, pero esa era una batalla perdida de antemano. La tramontana —ese viento que llega al Mediterráneo desde lejanas cumbres europeas— es el soplo que limpia, el encargado de dejar impoluto el cielo y, con él, todos los oscuros actos humanos. «Una oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva», pensó María. Según los lugareños, la tramontana atrapa la voluntad de los visitantes impidiéndoles abandonar la isla. Sonrió al recordar el dicho, pues para ella ese viento tenía el don de modificar las conductas humanas.

Tal vez por eso, esa misma mañana, Bruno, su ex marido, la había recibido con una alegría que parecía desmesurada, teniendo en cuenta que llevaba seis meses en el paro, que hacía algo menos de un año que había enterrado a su madre y que la propia María le había pedido que se ocupara durante los siguientes cinco días de Hugo, el hijo en común que apenas alcanzaba los tres años. Si el alarde de júbilo se debía únicamente a que una ingeniera alemana le

calentaba desde hacía medio año la cama y los sobres precocinados de *boulettes* —albóndigas típicas de Berlín—, la única conclusión posible era que la estupidez del macho ibérico no tenía parangón.

Sumida en aquel pensamiento, estacionó frente a una casa encalada, sobre cuya puerta principal de madera teñida de verde rezaba el nombre de CAN BIEL. Tocó una sola vez el claxon, subió un grado la temperatura del climatizador y se acomodó a sabiendas de la parsimonia que su amigo Galván imprimía a todos sus movimientos.

Paco Galván acababa de cumplir setenta años, y, además de haber sido su profesor de Criminología en Barcelona, su confesor y la persona que dos años atrás la había ayudado en la resolución del caso de la psicópata asesina de ancianas, se había convertido en un colega. Tras la detención de aquella depredadora de almas abatidas, podría decirse que a Galván la vida le escocía. La muerte de Rocío, su compañera sentimental durante más de cuatro décadas, lo había noqueado cuando la jubilación acababa de entrar en sus vidas. En aquel tiempo las visitas de María se habían espaciado, entregada como estaba a la enfermedad de su suegra, al cuidado del pequeño Hugo y a mantener en pie un matrimonio que jamás pasó de estar de rodillas. Sin embargo, en una de esas escapadas a Cala Murta, Galván la recibió con un vigor impropio de aquel hombre vapuleado por la aflicción. Tenía una propuesta que hacerle, por emplear sus propias palabras. María comprendió al instante que se trataba de un rescate, aunque este término jamás llegó a pronunciarse.

El profesor de Criminología, experto en perfiles criminales, quería escribir una novela con ella. Los últimos meses había estado trabajando en la confección de la estructura y en la creación de los personajes principales y ficticios, cuya coincidencia con la realidad sería fruto no ya de la casualidad, sino de sucesos paranormales, expuso el profesor enfatizando esas palabras con un guiño. La historia se inspira-